



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12923

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIERCOLES 7 DE DICIEMBRE DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: A. Lorette, rue Cassanin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

La Purísima Concepción

«La sabiduría, espejo sin mancha de la Majestad de Dios, é imagen de su bondad, con ser una sola, lo puede todo; y siendo en sí inmutable, todo lo renueva.»

Así se expresó el Sabio; y la verdad de sus palabras se descubre radiante en el fondo misterioso de los dogmas de nuestra santa fe. Ellos ostentan ese doble carácter: la inmutabilidad y la omnipotencia para renovar todas las cosas.

Entre todos los dogmas hay uno de singular é irresistible atractivo, del cual nuestra alma se deja llevar suavemente hasta que se ve inundada de vivísima luz. Tales el dogma, ó el misterio, de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen.

Permaneciendo siempre el mismo, siempre inmutable, tiene virtud poderosa para renovar incesantemente los espíritus en que penetra su luz: siempre antiguo, parece siempre nuevo al que se acerca con sencillez á contemplar su grandeza y su hermosura.—Él nos muestra la obra más acabada y perfecta, excepto Jesucristo, que ha salido de las manos del Criador: y en esa criatura sobremanera admirable, nos descubre los vividos destellos de la sabiduría influida y los amorosos designios de Dios.

Acercaos, amados míos, acercaos en espíritu á esa Virgen Inmaculada: contempladla con religiosa y profunda atención; y veréis que, al venir ella al mundo, el Omnipotente hizo que se desviasen las corrientes del pecado, que se deslizaban por el ancho cauce de las concupiscencias. Las inmundas aguas no contaminaron aquella carne purísima, porque fué animada de un espíritu, el más noble, lleno de toda la luz, de toda la gracia y de todo el amor divino que podía caber en una criatura. Su

cuerpo inocente, sometido sin resistencia á ese espíritu, era como espiritual; y el espíritu iluminado de la luz eterna, y lleno del amor divino, en algún modo, divino es también: porque adherido indisolublemente á Dios, vive con Dios: y con esa vida divina, penetra y santifica el cuerpo que era mortal.

Tan perfecta y tan agradable fué desde aquel instante la Santísima Virgen á los ojos de Dios, que pudo decir lleno de complacencia: «Eres toda hermosa, amiga mía, y no hay mancha alguna en Ti.»

Cuanto más profundamente meditemos, cuanto más atenta sea la mirada de nuestro espíritu, mejor conoceremos á la amada de Dios: más se revelarán á nuestros ojos los fulgores de la luz eterna que inunda su mente, y las llamas vivísimas del amor infinito que abrasa su corazón; y entenderemos que un cuerpo, aunque mortal, regido y gobernado por un alma llena de Dios, no tiene de la tierra más que el haber sido de ella formado; porque ni se inclina á la tierra, ni la tierra le subyuga; antes la tierra es llevada por la virtud del espíritu á ser toda celestial.

En la Santísima Virgen queda restablecido el orden turbado por la culpa de Adán: el primer rebelde queda vencido, y la cabeza de la antigua serpiente hollada por la inmaculada planta de María.

Así fué en ella renovada, por los previstos méritos de Jesucristo, la humana naturaleza á semejanza, la más perfecta, de su Creador.

† Y. SANTIAGO, obispo de Santander.

EL DOGMA Y CULTO de la Inmaculada en España

Cierto que la Iglesia griega celebraba desde remotos siglos la «Concepción sin mancha» de María, cierto que en Italia y

en Francia estaba arraigada la fé en el misterio en muchos piadosos corazones; pero en ninguna nación ha sido éste tan cariñosamente acatado, con tanto placer admitido, con tanto afán sustentado, con tanto ardor defendido, como en la España de los buenos tiempos.

Dicen los historiadores que el primer teólogo que inició la cuestión escolástica del dogma fué el español San Juan de la Mata, allá, por el año 1190, en la renombrada Sorbona; desde entonces la Universidad de París aparece como decidido campeón de la Inmaculada.

Nada nos hablan crónicas ni pergaminos de la devoción á la Purísima por godos y mozárabes; más existe viva la tradición de que en varios pueblos de Aragón, se rendía culto á la «Concepción sin mancha» en el lejano siglo XII.

Claramente aparece establecida la fiesta en la iglesia de Urgel en 1400.

El gran Santo Domingo de Guzmán, el insigne San Vicente Ferrer y el santo Luis Beltrán fueron grandes propagadores del «trayente» dogma.

En los últimos siglos de la Edad media estaba muy extendida en Aragón la devoción á la Inmaculada.

El rey D. Juan I fundó una cofradía en honor del misterio, y prohibió bajo la pena de destierro, que nadie contra él hablara. Su hermano y sucesor D. Martín reduplicó el decreto, aumentando la pena á destierro perpetuo, y al que este castigo escapara, amenazábase con la pena capital.

Por decreto de la reina consorte D.ª María, como lugarteniente de su esposo Alfonso el Magnánimo, se ordena, conforme con el Concilio de Basilea, la celebración de la festividad de la Purísima en toda la corona de Aragón.

Más tardos auduvieron los castellanos. En 1489, aprobada por el papa Inocencio VIII, aparece una congregación monástica, titulada de la Inmaculada Concepción y regla del Cister, fundada por la ilustre dama portuguesa D.ª Beatriz de Silva, protegida por la inmortal Isabel la Católica. No muchos años después, en los dominios patrimoniales de la reina de Castilla se contaban cuarenta conventos concepcionistas.

Bajo la advocación y patronato de la Inmaculada, se fundaron en Madrid una cofradía benéfica y dos hospitales, uno de estos el renombrado de «La Latina», en memoria de su generosa institutriz, doña

Beatriz Galindo, gran maestra en el idioma del Lacio.

En el memorable Concilio de Trento, un obispo español, Pacheco, pidió que fuera declarado dogma el misterio de la Concepción de la Virgen.

Los Padres salvaron delocadamente la gran resolución, esperando que la unánime opinión en los siglos venideros la llevara á cabo.

Don Pedro de Castro, arzobispo de Sevilla, apoyado por Felipe III, redobó ante Paulo V los esfuerzos del devoto Pacheco. El Pontífice decretó que en lo sucesivo nadie impugnara en público la extensión de toda mácula en favor de María.

En 1622 Gregorio XV confirmó el anterior decreto, y señaló el 8 de Diciembre para celebrar en España la festividad, no de la santidad, sino de la santificación de la Virgen.

En 1616, los canónigos de San Pedro Advíncula, hicieron voto de defender el dogma.

Siguieron el ejemplo el arzobispo, obispo y pueblo de Sevilla y las Universidades de Granada, Huesca, Alcalá y Ossa, y poco después las de Santiago, Zaragoza y Barcelona, y el obispo y pueblo de las capitales de Aragón y Cataluña y las de otras varias ciudades y villas.

En 1618, la septuagésima Universidad de Salamanca acuerda no conferir grado de doctor al que no jurara defender el «misterio»...

Eran los tiempos en que el inmortal Murillo, inspirado por destellos de la infinita luz del arte, trasladaba al lienzo la imagen de la celeste doncella, de la «Mujer elegida».

Sumamente la adivinó sutil, pura, espiritualizada su cuerpo humano, como criatura no contaminada con manchas ni impurezas.

Carlos III, instado por sus vasallos, suplicó al Papa Clemente XIII que declarase patrona de sus reinos á la Inmaculada.

Por breve de este Pontífice así fué concedido.

El 1771, el citado rey creó la orden y cruz que lleva su nombre, bajo la devoción de la Purísima, cuya sagrada imagen ostenta la plaza, siendo obligación de los caballeros honrar y defender á la Virgen en su Concepción sin mancha, lo que desgraciadamente no hacen la mayor parte de los miembros de la orden.

El decreto del Concilio del Vaticano en el último siglo no hizo sino confirmar la fe

que los españoles sentían, la que cual faro esplendente brilla y brillará, á pesar de los huracanes que la impiedad levanta en esta tierra predilecta de María.

R. R. de B.

MICROSCÓPICAS

Ayer era un lugar ignorado, tal vez una aldea de la que no se hablaba bien ni mal. ¡Bolea!

La crónica del crimen le ha dado relieve y hoy sabe todo el mundo que pertenece á Huesca.

La notoriedad de que goza desde hace unos días la debe á una mujer, no de esas que llamo el poeta ángeles del hogar, sino de las otras, y entre ellas tal vez la que tenga más méritos para figurar á la cabeza.

La legendaria figura de Luchel resulta simpática comparada con la de esa hembra. Nada más repugnante que ese ser depravado que no respeta nada.

Un día germinó en su mente la idea del robo y la puso en práctica en lugar y ocasión que hubiesen detenido al mismo Trophiman. La víctima elegida fué una pobre madre; el momento, aquel en que acababa con dirección al campo santo al hijo de la infeliz mujer; la ocasión, aquella en que transida de dolor y ciega por las lágrimas quedaba sola en el que iba á ser para ella desde entonces solitario hogar.

Con paso cauteloso penetró en la mansión mortuoria. «Para qué, si al verla la madre infeliz pensaría que la iba á consultar de aquella pena que la ahogaba?

¡Consolarla, y la hirió cobardemente de una puñalada en el cuello robándole después!

Hay cosas increíbles; cosas de novela que dicen las gentes; pero ¿qué novelista se le hubiese ocurrido meter en un relato novelesco ese cuadro repugnante de la vida real?

Una mujer que da de puñaladas á una madre que acaba de ver que sacan de su casa á su hijo para llevarlo al cementerio y darle sepultura, es de lo más brutal. Hasta el crimen se hace modernista.

Odia el delito y compadece al delincuente—se dice.

¡Pero es que puede quedar piedad en el corazón ante ese crimen tan enorme?

BAUL.

tu cartera y que llevas siempre contigo? Bernard, no te alarmes á tí mismo; tu amas á tu hija; perdónala como yo la perdono, y Dios te lo recompensará.

Bernard había cambiado varias veces de color oyendo estas palabras; pero semejantes revelaciones, hechas en presencia de tantas personas, no escitaron en él más que confusión y cólera.

La pobre madre comprendió su falta aun antes que su marido hubiera dado la respuesta.

—¡Miserable!—gritó Bernard con voz terrible y dando una patada en el suelo.—¿Como te atreves á mentir así, y delante de gente? ¿Qué pensarán de mí? Pero ¡mil truenos! ahora veremos si soy el amo. Tú, mendiga, ¡fuera de mi casa inmediatamente! Eres una embustera; no te conozco ni quiero conocerte... Es, ¡largo de aquí! porque tenemos que hacer.

—¡Piedad, padre mío!—repitió Fancheta desconsolada.

—¡Bel de mi casa, te digo! Si fueses en efecto la que supones, traerías la desgracia á mi hogar y harías que la casa se desplomara sobre nuestras cabezas.

A pesar de su terror, la granjera no pudo contenerse.

—¡Bernard, Bernard!—esclamó:—al menos por esta noche dejala un sitio en el establo, como á todos los

Luego, mirando á Fancheta prosternada á sus pies, continuó:

—¡Vete! Eres una embustera; yo no te conozco; yo no tengo hija. Tuve una, pero murió, y he llevado luto por ella durante dos años. ¡No tengo más hija; mientes; yo no te conozco!

—¡Padre mío!—gritó la mendiga, que no temaba en su verdadero sentido aquellas palabras.—¿Será posible en efecto, que no me reconozcas? ¡Hasta tal punto me ha desfigurado esta horrible enfermedad? Os digo que soy vuestra Fancheta, la pobre niña á quien tanto amábais, á la que besábais la frente cuando volvíais por la noche de vuestro trabajo...

—Todo eso lo he olvidado; he espoleado de mi casa á una infame que me deshonraba; no me arrepiento, no me he arrepentido de ello jamás. Volvería á hacerlo cien veces.

—No digas eso, Bernard,—esclamó la granjera con vehemencia.—A pesar de tus arrebatos amas todavía á tu hija, la has amado siempre. ¡Tú olvidarla! ¿En quién piensas cuando te levantas de noche y yo te oigo llorar por lo bajo? ¿Por qué te sales de casa y te pones triste y mal humorado cuando viene á vernos la Juanita, que nació el mismo día que Fancheta? ¿A quién pertenecía esa sortija de plata que guardas en

pareció volver en sí. Se inclinó hacia la vagabunda y la puso la mano en la boca:

—¡Callate marmarú.— Bien te decía yo que él podía oírte... ¡Callate, yo te lo suplico!

Pero la Virreiosa, fuera de sí, no había oído sin duda estas súplicas; y ostendiendo hacia el hombre del Brasil sus manos desecornadas, gritó con acento desgarrador:

—¡Padre mío, perdóname como ella me ha perdonado...! ¡Soy la pobre Fancheta, vuestra hija!

Bernard permanecía inmóvil, con la vista fija y torva.

Alentada por aquel silencio: la infeliz mujer tomó al niño en sus brazos, y arrastrándose sobre las rodillas, continuó con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Perdon! perdón, padre mío! Si he sido culpable, bien cruelmente he espionado mi falta. Acórdame de lo que fui en otro tiempo, y ved á lo que me he convertido. Mi belleza, mi juventud, mi alegría, todo ha desaparecido desde el día en que me reconocí, y desde aquel día ando errante, de pueblo en pueblo, pidiendo pan.

Jamás me hubiera atrevido á acercarme á vos; mas ya que una diosa osenialidad me ha traído al sitio